

Marx para historiadores: aportaciones y estancamientos, capacidades y límites

Marx for historians: contributions and deadlocks, capacities and limits

Juan Sisinio Pérez Garzón

Universidad de Castilla-La Mancha

Con independencia de la posición ideológica de los distintos historiadores, se podría alcanzar fácilmente el consenso sobre las aportaciones de Marx, si se plantea que, para explicar el pasado, no se pueden silenciar cuatro factores: el modo de organización de las relaciones económicas, la realidad de las diferentes clases sociales, las formas de dominio y de poder sociopolítico y cultural y, por supuesto, el conflicto social como expresión de los citados factores previos.

Enunciadas así las aportaciones de Marx, probablemente se evitaría el rebote que en bastantes científicos sociales produce la esclerosis escolástica que ciertos marxismos han hecho de las ideas de Marx. Empeñado en desentrañar el funcionamiento del capitalismo, Marx usó las nociones de «modo de producción», «explotación», «dominación» y «lucha de clases», para explicar las formas de ese «capital» cuyo despliegue histórico constituyó el tema de estudio de su vida. Nunca pensó que sus palabras, tan concretas e incluso cambiantes, se convertirían en una jerga escolástica despojada de las capacidades analíticas originarias. En ningún momento pensó que sus escritos iban a servir de confortable comodín demostrativo,

por un lado, y, por otro, de trinchera para dogmas y ortodoxias.

Por eso conviene esbozar, solo de forma somera, ciertas consideraciones sobre cómo la obra de Marx primero dio paso a una doctrina esclerótica, luego, ya en la segunda mitad del siglo XX, a la elaboración de una fértil historiografía, para iniciar posteriormente su declive y marginación, y también verse zarandeada por el reclamo de formulaciones tan dispares como discutibles.

Del materialismo histórico a las historiografías marxistas

Marx produjo su obra sumergido en el proceso de expansión del primer capitalismo industrial en la Europa noroccidental durante el siglo XIX. Los debates filosóficos, ideológicos y políticos en los que estuvo implicado en los sucesivos momentos de su vida han sido descifrados recientemente por Gareth Stedman Jones, quien contextualiza magistralmente la génesis intelectual de cada uno de sus escritos^[1]. Aunque

1.- Gareth Stedman Jones, *Karl Marx. Ilusión y grandeza*, Madrid, Taurus, 2018.

su obra quedara inconclusa, se puede afirmar que Marx confeccionó un complejo sistema de explicación social que, a partir de aportaciones precedentes, supuso una ruptura profunda con el panorama de saberes de su época. Trastocó la concepción y comprensión de los distintos ámbitos de la vida humana, y propuso una perspectiva materialista para analizar las sociedades, desde sus soportes económicos hasta sus diferentes formas de poder, regulación, idearios, culturas, etc. Es lo que pronto dio en catalogarse como materialismo histórico.

No es tarea de estas páginas resumir contenidos y evolución de esa concepción materialista de los hechos sociales, tanto pasados como presentes. En estas líneas parece más importante subrayar los distintos usos que ha experimentado el materialismo pensado por Marx. Se podrían simplificar en tres momentos. El primero, específicamente vinculado a la obra del mismo Marx; el segundo, cuando los socialistas centroeuropeos y rusos, más los partidos comunistas creados tras la revolución de 1917, hicieron del materialismo histórico una doctrina institucionalizada, con una muy limitada aplicación a los estudios e investigaciones históricas; y el tercero tuvo lugar tras la segunda guerra mundial. Desde la década de 1950 aquellos presupuestos materialistas, pensados por Marx un siglo antes, fructificaron como historiografía diferenciada. Propiamente, por tanto, se puede hablar de historiografía marxista desde la segunda mitad del siglo XX. Eso sí, con dos rostros muy distintos, el más flexible de la escuela marxista anglosajona, por un lado, y, por otro, el paroxismo soviético que redujo la historia a un determinismo unilineal, pura escolástica para el Partido Comunista de la Unión Soviética, que se aplicaba de forma doctrinal en los manuales de la Academia de Ciencias Sociales de la URSS, guía reconocida, más o menos directamente, por los

comunistas de los países occidentales.

En efecto, en un primer momento, Marx concibió la historia como el estudio del camino hacia la instauración del comunismo en cuyo devenir había una serie de fases o «modos de producción», que siempre eran superados a través de la «lucha de clases». Su punto de partida era el comunismo primitivo, situado cronológicamente en la Prehistoria, que, tras la revolución agrícola dio paso a la sociedad de clases con una primera forma de explotación que fue la esclavitud. El esclavismo marcó, por tanto, los largos siglos de lo que llamamos Edad Antigua, desde las civilizaciones egipcias y orientales hasta el imperio romano. Posteriormente, el feudalismo marcó los largos siglos de la Edad Media, hasta que de su seno emergieron las formas de explotación capitalista desde el siglo XVI de modo que ya, con la revolución industrial en marcha, en el siglo XIX el capitalismo se había impuesto y generado la nueva clase social llamada a restablecer un comunismo esta vez de carácter científico y con abundancias tales que pudiera organizarse la sociedad con esta fórmula: «De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades»^[2].

Lo importante es que Marx planteó el análisis de los procesos históricos desde el concepto de «totalidad social» como referente metodológico. Fue una novedad radical, aunque la idea de «totalidad social» procedía de la Ilustración escocesa, sobre todo de Adam Smith, y también de Hegel y de Henri de Saint-Simon, quienes se plantearon las explicaciones del cambio de un tipo de sociedad a otra con la perspectiva del progreso como motor de la historia^[3].

2.- La fórmula la propuso Marx en su *Critica del Programa de Gotha*, escrita en 1875 y publicada póstumamente; ver David McLellan, *Karl Marx. Su vida y sus ideas*, Barcelona, Crítica, 1973, p. 498.

3.- Ver a este respecto Josep R. Llobera, *Hacia una historia*



Trabajadora con máquina de oropeles en EEUU, ca. 1920 (Foto: Lewis W. Hine, fuente: George Eastman Museum).

Ahora bien, conviene subrayar que Marx, lo mismo que Saint-Simon, aceptaba una pluralidad de determinantes en el proceso histórico, porque la acción social no podía concebirse desde un determinación unidimensional, tal y como demostró el propio Marx en sus análisis históricos concretos^[4].

En tales análisis, Marx desplegó esa mezcla química de la que hablaba Schumpeter, porque no hizo una yuxtaposición mecánica entre datos económicos, sociales y políticos, sino que los combinó para dar como resultado una teoría explicativa de los procesos históricos, con suficiente

apoyo empírico para anclar sus ideas teóricas^[5]. Sin adentrarnos en el debate sobre el papel de F. Engels, lo cierto es que a éste se le puede atribuir la sistematización de las ideas de Marx como una teoría universal de la historia y de la naturaleza, con la propuesta de un materialismo filosófico. Sin embargo, parece muy discutible pensar que Marx se apoyase en un materialismo ontológico, porque más bien utilizó el término de materialismo como sinónimo de método científico, aplicado sólo a la historia^[6].

5.- Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar, 1968.

6.- Conviene recordar las propias palabras de K. Marx: «El todo, tal como aparece en la mente como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropiá el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente, por lo menos durante el tiempo en que el cerebro se

de las ciencias sociales. El caso del materialismo histórico, Barcelona, Anagrama, 1980, pp. 69-75; Raymond Aron, *Les étapes de la pensée sociologique*, Paris, PUF, 1967; y Louis Althusser, *Para leer a Marx*, México, Siglo XXI, 1970.

4.- Ver Pierre Vilar, *Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser*, Barcelona, Anagrama, 1974.

Lo cierto es que a partir de Engels se anudó la noción de «marxismo» como doctrina convertida en canon del movimiento obrero y de *Weltanschauung*. De este modo el materialismo histórico acuñado por Engels se empezó a identificar con una concepción positivista, determinista y unilineal de la historia; y en esta doctrina la economía adquirió el rango de *deus ex machina* con poderes explicativos para todo detalle de cualquier dinámica histórica y de la totalidad de la estructura social. A principios del siglo XX, por tanto, la totalidad social marxiana había cristalizado en una especie de determinismo tecnoeconómico y en un evolucionismo unilineal, lo que desencadenó importantes consecuencias teóricas para las ciencias sociales en general, y para la propia evolución del marxismo^[7].

Paradójicamente, mientras se extendía la influencia política e ideológica de los partidos de la Segunda Internacional, oficialmente marxistas, en los países occidentales se extendió la idea de que Marx había sido refutado por las ciencias sociales, primero con Durkheim, luego con Weber. Sin embargo, con la revolución bolchevique de 1917, sus distintos adalides, desde Lenin y Trotsky a Bujarin, insistieron en el carácter práctico de la teoría de Marx y en su concepto de luchas de clases para llevar a cabo su proyecto político. Tras la muerte de Lenin, fue Stalin, quien, tras purgar sanguinariamente toda disidencia política, implantó una ortodoxia marxista que dio cobertura al funcionamiento del régimen

comporte únicamente de manera especulativa, teórica. En consecuencia, también en el método teórico es necesario que el sujeto, la sociedad, esté siempre presente en la representación como premisa», en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, 1857-1858*, México, Siglo XXI, 2ª ed., 1972, p. 22.

7.- Ver Gareth Stedman Jones, *op. cit.*, caps. 11 y 12; y Montserrat Galcerán Huguet, *La invención del marxismo (Estudio sobre la formación del marxismo en la Socialdemocracia alemana de finales del s. XIX)*, Madrid, IEPALA, 1997.

soviético en general, y en concreto legitimó las distintas vaivenes en las decisiones de política internacional.

En consecuencia, en las ciencias sociales de los países occidentales se produjo una doble tendencia. Por un lado, se asoció el marxismo con un sistema dogmático, motivo, entre otros, por el que Marx dejó de ser importante, a pesar de que los trabajos de Lukács, Korsch, Gramsci y la escuela de Frankfurt exponían las posibilidades de una interpretación no determinista económicamente de la totalidad social. Por otro, se produjo un vivo debate porque el marxismo era bastante más que una simple teoría de la historia y de la sociedad. Su influjo era inevitable. El propio Max Weber, poco antes de morir, en 1920, afirmó con rotundidad con respecto a Marx y Nietzsche que «la persona que no admite que no hubiera podido llevar a cabo las partes cruciales de su obra sin la aportación de dichos autores, se engaña a sí misma y engaña a las demás. Lo cierto es que nuestro universo intelectual ha sido moldeado por Marx y Nietzsche»^[8].

De cualquier modo, la tesis de que la obra de Weber representaba la refutación del marxismo fue propagada con éxito por Talcott Parsons en el mundo anglosajón y continuada por R. Bendix. Sin embargo, en ese mismo mundo anglosajón, sobre todo en el Reino Unido, fue donde se desarrolló la escuela historiográfica marxista de mayor capacidad renovadora. Tras la segunda guerra mundial, hubo una hornada de intelectuales que coincidieron en un mismo punto teórico de partida e idéntico compromiso social. Unos, más atentos a los asuntos económicos y sociales, como Rodney Hilton, Maurice Dobb o Eric Hobsbawm, y otros más interesados por aspectos socioculturales, como E. P. Thompson, Christo-

8.- En A. Mitzman, *The Iron Cage*, New York, Grosset and Dunlap, 1969, p.182, cit. en J. R. Llobera, *op. cit.*, p. 147.

pher Hill, Eugene Genovese o George Rudé. Ninguno aplicaba la dicotomía radical entre base y superestructura, dogma propio de la ortodoxia soviética de la misma.

En concreto, Gordon Childe, Perry Anderson, Raphael Samuel y los citados Christopher Hill, Rodney Hilton, Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm investigaron el pasado con postulados materialistas, sin caer en fórmulas mecanicistas. No echaron mano de la lucha de clases ni de los modos de producción como fáciles exorcismos para explicar las experiencias vitales de las clases populares. Plantearon lo que se conoció como «historia desde abajo», y pensaron que además el cambio cultural tenía que constituir un paso esencial en la lucha por la instauración del socialismo^[9]. En todos ellos existía una «problemática teórica común», y sus propuestas tuvieron amplio eco en distintos países occidentales, o convergieron con planteamientos similares derivados de las lecturas de Gramsci, sobre todo en Italia desde la década de 1960.

Se puede formular, por tanto, que la historiografía marxista se hizo realidad, como propuesta metodológica para el análisis del pasado, entre las décadas de 1950 y 1970 en las democracias occidentales. Además, con importantes polémicas como las protagonizadas por el citado E. P. Thompson y L. Althusser, pues también se desarrolló en

tales democracias un marxismo estructuralista cuyo catecismo doctrinal lo sistematizó Marta Harnecker. Los planteamientos y debates desarrollados en el marxismo occidental llegaron a España en los años en que se gestaba y construía el tránsito de la dictadura a la democracia, con una influencia muy dispar y de limitado alcance para las investigaciones concretas en ciencias sociales^[10].

En este sentido, conviene subrayar que en España no hubo marxismo como sistema de pensamiento hasta muy a finales de la década de 1960, con Manuel Sacristán y sus discípulos; y en el campo de la historiografía hasta que el materialismo histórico en esos mismos años fue la agenda para una nueva hornada de historiadores como Marcelo Vigil, Abilio Barbero y Julio Valdeón en Historia Antigua y Medieval; o ya en la década de 1970, para los núcleos de jóvenes historiadores formados en torno a maestros como Josep Fontana, Enric Sebastià y Juan José Carreras en Historia Contemporánea. No hay que olvidar, por otra parte, el impacto de los encuentros organizados en esa década por Manuel Tuñón de Lara en Pau (Francia), porque sumaron a muchos investigadores unidos no por coincidir en propuestas marxistas, sino sobre todo por buscar alternativas y explicaciones diferentes a la historiografía académica dominante bajo la dictadura, inmovilizada en la erudición

9.- Ver Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Universidad de Zaragoza, 1989, pp. 9-22; José Antonio Piquerias, *La era Hobsbawm en historia social*, México, El Colegio de México, 2016; Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 81 y ss.; Julián Casanova, *La historia social y los historiadores ¿Científica o princesa?*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 95-109.; Bryan D. Palmer, *E. P. Thompson. Objecciones y oposiciones*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2004; Perry Anderson y otros, *E. P. Thompson, diálogos y controversias*, Valencia, Fundación de Historia Social-Centro UNED de Alzira Tomás y Valiente, 2008; Gregory Elliot, *Perry Anderson. El laboratorio implacable de la historia*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2004.

10.- Lo cierto es que la polémica entre E. P. Thompson, L. Althusser y otros autores, así como el intento de construir una historiografía marxista, en España se quedó en la traducción, y se supone que la lectura, de las obras de sus protagonistas: Louis Althusser, *Para leer a Marx*, México, Siglo XXI, 1969; la dura respuesta de E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981; las posiciones de Perry Anderson: *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI, 1985; también su obra *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979; y el libro traducido por Rafael Aracil y Mario García Bonafé, *Hacia una historia socialista*, Barcelona, ed. del Serbal, 1983, con una introducción muy certera sobre «Marxismo e historia en Gran Bretaña».

tradicionalista, salvo impactos concretos de renovación metodológica como los expandidos por Vicens Vives^[11].

Simplificando, el esplendor de la historiografía marxista tuvo lugar ante todo, y paradójicamente, en las democracias occidentales; y se podría acotar entre las décadas de 1950 y 1980. En las obras de los autores citados más arriba, que obviamente no es exhaustiva, se albergan las principales aportaciones metodológicas, en lo que se refiere a modos y propuestas de renovación. También para el caso español. Sin embargo, es justo significar que, aun siendo autores y obras con indudable relevancia, nunca dejaron de ser una minoría en el gremio académico y en el panorama de la producción historiográfica. Predominaban las escuelas catalogables como positivistas, con unas investigaciones que fluctuaban entre la creciente especialización por países, áreas y temáticas y el predominio de una erudición, rigurosa y loable, al margen o incluso en contra de los debates teóricos impulsados por esas minorías marxistas. Es cierto que en esos trabajos de erudición se incluyeron perspectivas de historia social y de historia económica, y hasta se han desarrollado las máximas especializaciones en esos campos, con revistas científicas de alto prestigio en todos los países, pero con análisis y nociones ajenas en su mayoría a las perspectivas críticas de la dialéctica materialista propia del marxismo.

Por eso, no es de extrañar que en las décadas de 1980 y 1990, con el derrumamiento del imperio soviético, disuelto como un azucarillo, más el rearme ideológico del liberalismo económico, la historiografía marxista se quedara en los márgenes

11.- Juan Sisino Pérez Garzón, «La historiografía en España. Quebras y retos ante el siglo XXI», en Salustiano Del Campo y José Félix Tezanos, dirs., *España Siglo XXI*, vol 5: *Literatura y Bellas Artes*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 223-260.

de los estudios y debates suscitados por las distintas olas de lo que se catalogó como posmodernidad. A eso se sumó la fuerte irrupción de la historia de género, más la historia cultural, la nueva historia política, la historia de las ideas y un amplio panorama de investigaciones pegadas a las inquietudes más coyunturales de un presente inundado de «memorias» y agitaciones identitarias. El hecho es que en la primera década del siglo XXI parecía que el marxismo se había quedado como material para la arqueología sociopolítica, hasta que la profunda crisis del capitalismo abierta en 2007 rehabilitó en gran medida los clásicos diagnósticos de la tradición marxista, si bien desde posiciones que ya no respondían ni a las demandas sociales de un proletariado industrial, ni a las ortodoxias de unos partidos comunistas superados por las nuevas estructuras de clases.

¿Existen, en tal caso, posibilidades de desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI?

En este nuevo contexto de sociedades postindustriales y democráticas, con Estados de bienestar de mayor o menor magnitud, cabe renovar la potencialidad analítica de las principales categorías del materialismo histórico, como las de relaciones de producción, explotación, dominación y conflicto social. De ningún modo valen los textos de Marx o Lenin convertidos en anteojeras escolásticas de valor omnímodo. El materialismo histórico ha cumplido su papel como estímulo para ampliar el horizonte de conocimiento social, pero se debe rechazar como fundamento para diagnosticar estrategias políticas, o vadémécum para presagiar el futuro. Se está cumpliendo el dictamen de aquellos dos jóvenes, Marx y Engels, que en 1848 evaluaron el capitalismo como el modo de producción que

tiene la extraordinaria capacidad histórica de «disolver todo lo sólido en el aire». En efecto, también las escolásticas marxistas han quedado desbaratadas por las inéditas transformaciones de un capitalismo que, implantado nada menos que, con criterios leninistas, por el más poderoso partido comunista existente, ha hecho de China una potencia capitalista cuyo futuro protagonismo mundial ni sospechamos.

Semejante contradicción no puede solventarse con una mirada de soslayo ni con el simple desconcierto. De hecho, si se analizan los nuevos textos que se reclaman marxistas en el mercado intelectual, predominan dos características: o son análisis con perspectivas persistentemente eurocéntricas, que solo analizan el capitalismo existente en los países ricos occidentales, asumiendo como novedad el ecologismo y a veces el feminismo; o se trata de propuestas realizadas desde países latinoamericanos, con fuertes ingredientes de viejas inercias doctrinales^[12].

En consecuencia, para revitalizar la historiografía marxista es insoslayable despojarla de teleologías más o menos explí-

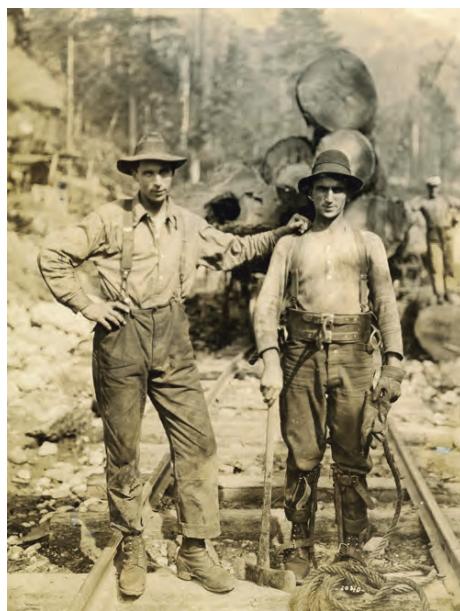
citas, esto es, de la tentación de postular que todo el devenir social está regido por unas determinadas causas finales. Además, el materialismo histórico ya no es la única teoría de la evolución social que establece un enfoque materialista del desarrollo social. Existen planteamientos tan fértiles y consistentes como, por ejemplo, los desarrollados por dos autores de la relevancia de Michael Mann o Yuval Noah Harari^[13].

Por otra parte, el llamado «giro lingüístico» zarandeó las meta-narrativas, con críticas que sobre todo afectaron al paradigma de marxismo más clásico al descodificar los contenidos referenciales de un lenguaje tan abstracto como vacuo. Ahora bien, llegados al punto de las críticas que la posmodernidad realizó a las teorías producidas por la izquierda occidental, no sobra de ningún modo releer la obra de Marx *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, donde anticipó casi la totalidad de lo que más tarde plantearían Lyotard y Baudrillard sobre el colapso de las metanarraciones ilustradas^[14]. En ese libro, Marx analizaba el modo en que sucesos tan absurdos como el golpe de estado bonapartista enfrentaban la razón dialéctica con un reto que aparentemente excedía sus premisas sobre el progreso social. El pasaje más citado de *El dieciocho brumario* es su frase inicial: «Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como

12.- Destacan los análisis de David Harvey, con impactos muy ceñidos a ámbitos minoritarios universitarios, aunque sus obras son de provechosa lectura. Están publicadas en español por la editorial Akal: *Espacios de esperanza* (2003), *El nuevo imperialismo* (2004), *Espacios del capital* (2007), *Breve historia del neoliberalismo* (2007), *El enigma del capital y las crisis del capitalismo* (2012), *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad* (2017) y los dos volúmenes de su *Guía de El Capital de Marx* (2014 y 2016). Por lo demás, en los ámbitos político-académicos latinoamericanos persiste el predominio de enfoques doctrinales, bastante limitados para asimilar los cambios sociales ocurridos en el continente, por más que prediquen la necesidad de reconstruirse. Quizás basten, como muestra, los escritos de Omar Acha y Débora D'Antonio, «Cartografía y perspectivas del 'marxismo latinoamericano'», *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 7, núm. 2, 2010, pp. 210-256; y Laura Sotelo, «Sobre la actualidad del marxismo y de la teoría crítica. Una discusión con Elías Palti», *Políticas de la Memoria*, núm. 10-11, 12, verano 2011/12.

13.- Michael Mann, *Las fuentes del poder social. Vol. 1, Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.c.*, Madrid, Alianza, 1991, y *Las fuentes del poder social. Vol. 2, El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, Madrid, Alianza, 1997; y Yuval Noah Harari, *Sapiens. De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*, Madrid, Debate, 2014.

14.-Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1993; y de J. Baudrillard se citan obras en nota 21.



Trabajadores de la Capilano Timber Company, Vancouver, Canadá (Autor: desconocido, fuente: University of British Columbia. Library).

tragedia y otra vez como farsa»^[15]. Y el texto prosigue desarrollando este argumento hasta un punto que todos los axiomas del método científico, que tanto obsesionaba a Marx, quedan subordinados a una especie de parodia autodeconstructiva, con descripciones salvajemente exuberantes en tono realista que ponen el progreso patas arriba y no dejan lugar para una repetición dialéctica.

Todo los contenidos de *El dieciocho brumario*, las metáforas, los paréntesis, las estrategias narrativas, las observaciones al margen, los recursos estilísticos, las irónicas vueltas atrás, el inexorable amontonamiento de detalles... parecen albergar el mismo mensaje, que la razón dialéctica se halla fuera de su terreno, que no existe ningún paradigma o teoría posible con los

que hallar algún sentido en un episodio tan profundamente ilógico. Baste recordar, por ejemplo, la descripción del variopinto cortequero que respaldaba a Luis Bonaparte^[16]. No servía apelar a los «fundamentos reales» de la vida socioeconómica, cuando la historia había dado un giro tan extravagante e impredecible que sólo cabía explicarlo desde una espectral pseudológica de misteriosas repeticiones.

En este aspecto, el posmodernismo ha llegado a leer *El dieciocho brumario* como máximo ejemplo de un marxismo con capacidad para autodeconstruirse al llegar a los límites de su propio alcance explicativo^[17]. También es cierto que se puede concluir que justamente el marxismo está capacitado para reconocer que determinados giros de los acontecimientos históricos pueden desconcertar o frustrar los mejores esfuerzos del pensamiento materialista. Y más aún, esta conciencia de sus limitaciones metodológicas ya las abordó sin tapujos Marx en este texto, donde se podría afirmar que prefigura los rasgos característicos de la posmodernidad *avant la lettre*. Lo impresionante del texto de Marx, leído en su totalidad, es la gama extraordinaria de recursos estilísticos, entre los que cabe recordar ese segundo párrafo igualmente citado con mucha frecuencia: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado»^[18].

La naturaleza del análisis de Marx se manifiesta con claridad cuando deconstruye el caos de ese momento histórico: «La revolución social del siglo XIX no puede

16.- Karl Marx, *op. cit.*, p. 85.

17.- Christopher Norris, *¿Qué le ocurre a la posmodernidad? La teoría crítica y los límites de la filosofía*, Madrid, Tecnos, 1998, pp. 54-60.

18.- Karl Marx, *op. cit.*, p. 11

sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desborda el contenido; aquí, el contenido desborda la frase [...] Y justo cuando parecían entregados a revolucionarse a sí mismos y a las cosas, a crear algo que aún no ha existido nunca, precisamente en períodos tales de crisis revolucionaria, conjuran a los espíritus del pasado para servirse de ellos y tomarles prestados nombres, gritos de batalla y ropajes para presentar el nuevo escenario de la historia mundial en un disfraz honrado por el tiempo y un idioma prestado»^[19].

Estas citas de Marx pueden servirnos para mostrar que el posmodernismo no es sino la otra cara que desde el principio está en la propia modernidad, su autocritica. Desde este punto de vista, *El dieciocho brumario* es un texto misteriosamente tan premonitorio como clarividente de los obstáculos e impensables paradojas de la naturaleza de la representación histórica sufridos por la teoría marxista en estas últimas décadas. Lo que observaba Marx para la Francia de 1848 a 1851 sería aplicable a la difícil situación de los intelectuales de izquierdas y marxistas en el momento presente, enfrentados al espectáculo de unas transformaciones históricas cuyos intereses, recursos informativos, valores sociales y programas políticos producen tanto desconcierto como abundante insustancialidad analítica.

En resumen, la lectura posmoderna puso

19.– Ibidem, p. 15 y 108.

en la década de 1980 los paradigmas establecidos literalmente patas arriba. Si nos sirve el ejemplo de *El dieciocho brumario* no es para ejemplificar la tesis ultratextualista, sino porque el propio fundador del materialismo histórico hizo un uso deliberado de unos recursos estilísticos, calificados hoy como posmodernos, para transmitir con el máximo grado de verosimilitud lo fantásticos que fueron realmente los sucesos que ocurrieron en aquel interludio de la historia, un argumento compatible con lo que Derrida proclamaba de que «no hay nada ‘exterior’ al texto»^[20]. Por lo demás, el propio análisis de Marx para aquella Francia de mitad del siglo XIX sería extrapolable, conviene reiterarlo, a importantes realidades de estos inicios del siglo XXI, cuando se hacen añicos las distinciones entre materialidad e ilusión, cuando los intereses sociales pueden quedar reemplazados por una gama de ficciones y cumplimientos imaginarios, y además la retórica simulada y el mercadeo de imágenes se han convertido en una segunda naturaleza, incluso para criticar a tan solemne adversario como es el capitalismo.

Pensadores como Baudrillard tienen razón cuando diagnostican la condición posmoderna como una situación de crisis generalizada en el orden de los signos y representaciones, pues borra todo sentido de diferencia entre verdad y falsedad, realidad e ilusión, discurso serio y no serio^[21]. Por eso, el impacto en nuestra profesión del posmodernismo va más allá de lo estrictamente metodológico. En efecto, abrirse a

20.– Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.

21.– De la abundante bibliografía sobre el posmodernismo, es obra necesaria la de Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos*, Méjico, Siglo XXI, 1969, y *La Post-modernidad*, (con Hal Foster y otros), Barcelona, Kairos, 1985; también la de Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad-posmodernidad*, Buenos Aires, Ed. El cielo por asalto, 5^a ed., 1995.

una nueva epistemología historiográfica implica adoptar un nuevo concepto de lenguaje o, para ser más exactos, establecer una clara distinción entre la noción convencional de lenguaje como medio de comunicación y la noción de lenguaje como patrón de significado, pues sin esa distinción seríamos incapaces de explicar el origen de la conciencia y de las acciones de los individuos. Sin adentrarnos ahora en todas las consecuencias epistemológicas del giro lingüístico, baste recordar que hubo rápidas adecuaciones de tales planteamientos a la historiografía^[22].

Por lo demás, existe otra renovación a tener en cuenta, porque ha subvertido métodos y contenidos. Se trata de la historia de género. En general, el marxismo se ha desarrollado a espaldas de las implicaciones que han supuesto los movimientos feministas desplegados en sucesivas oleadas desde el siglo XIX. No es tampoco el momento de desglosar la riqueza de las propuestas de la historiografía de género. Baste reseñar que, en estrecha sintonía con el giro lingüístico y con el feminismo, los estudios culturales también deben ser considerados no sólo por las exigencias de perspectivas poscoloniales, con la consiguiente ruptura del eurocentrismo, sino además por las rupturas de lenguaje y la creación de universos intelectuales que, más que rivales, deberían ser referencias para el debate, pues el marxismo los necesita para cumplir con el afán de descifrar la totalidad social.

En este sentido, la propuesta originaria de Marx de la búsqueda de claves explicativas del todo de una sociedad, por encima

de las necesarias parcelaciones en estudios concretos, también obliga a compartir criterios metodológicos con otras ciencias sociales. Solo así cabe explicar las interrelaciones de los procesos históricos, siempre con un anclaje empírico insoslayable. Por eso, aunque se haya denostado el positivismo y el historicismo, porque mutilan en gran medida la realidad social, sus aportaciones no pueden ser descalificadas desde exclusivos reproches ideológicos. La incorporación de aspectos y métodos de otras disciplinas científicas requiere un permanente diálogo con la economía, la sociología, la antropología, la politología, la literatura, etc. Al fin y al cabo, la historia aparece siempre con el adjetivo que califica alguno de los múltiples aspectos que contiene: historia social, historia política, historia cultural, historia económica, y un rico etcétera que debe desarrollarse sobre los principios de crítica, depuración, comparación y verificación.

Es cierto que en la historia, como en todas las ciencias sociales, el historiador tiene que empezar por seleccionar hechos. El mismo punto de arranque ya contiene inevitablemente hipótesis vinculadas a las inquietudes del presente, y tales hipótesis son las que permiten interpretar los hechos provisionalmente para, de inmediato, dar paso al diálogo con los nuevos datos que, en ningún caso, deben someterse a esquemas prefijados, porque la labor del historiador y el sentido del saber histórico —incluyendo las diferentes posiciones teóricas y metodológicas— ni puede estar determinado previamente, ni tampoco reducirse a la secuencia de hechos aislados, en modo de crónica.

Así pues, al pretender la explicación, interpretación y valoración de los hechos con parámetros científicos, la historia se instala en el permanente debate sobre el método, esto es, sobre el logro de esa científicidad.

22.- Sobre las implicaciones del giro lingüístico en la historiografía: Georges Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea, 1998, pp. 96-104; Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Catedra-Universitat de València, 1997, pp. 126-130; y un ejemplo de aplicación en Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

Aquí es donde se enraízan polémicas sobre causas y móviles en los procesos históricos, carácter de los mismos, elección entre interpretaciones y también sobre la función social que debe cumplir como ciencia y, por consiguiente, como saber ciudadano. En cualquier caso, a los historiadores les corresponde una función extraordinariamente singular dentro de las ciencias sociales, la paradójica tarea de luchar contra la fetichización de la historia, porque ni existen fuerzas históricas sobrehumanas o incontrolables, ni todo es fruto del azar individualizado. Nada está íntegramente anticipado, aunque todo se encuentra condicionado. Tampoco los condicionantes de la acción individual se pueden traducir en impotencia social, o en indiferencia histórica. En este sentido, el reto más urgente quizás consista en elaborar un discurso historiográfico que rompa la hegemonía de las perspectivas nacionalistas de todo signo, porque no existen culturas ni identidades perennes, sino cambios y transformaciones constantes en toda sociedad, con poderes, conflictos y disidencias que impulsan metas tan dispares que no hay rutas incuestionables.

Y justo, llegados a este punto, es necesario subrayar que en el proceso de construir ese relato científico sobre la complejidad del pasado, nos acecha el afán de alcanzar un conocimiento universal objetivo, cuando lo cierto es que conocemos la realidad también desde los afectos, desde las experiencias de la convivencia social y política, porque, en definitiva, la historia también trata de explicar quiénes somos y qué camino guía los procesos sociales. De ahí el em-

peño de encontrar pruebas irrefutables que demuestren que nuestra particular utopía nos acompaña desde el pasado, en nuestro hipotético camino hacia el futuro. Mientras los físicos están reflexionando sobre nuestro universo como una fluctuación del vacío cuántico, los historiadores o los científicos sociales no podemos empeñarnos en encontrar una explicación global de todo el pasado, de toda la complejidad de las realidades sociales. Quizás nos obsesiona encontrar la explicación unitaria, demostrar una tesis totalizadora, pero tenemos que asumir la humildad epistemológica de que en las búsquedas de los porqué persiste la validez de varias respuestas posibles, a las que lógicamente hay que aplicar el método científico de contrastar hipótesis.

Se impone, por tanto, el diálogo razonable y paciente para contemplar las distintas facetas de una realidad, y además para admitir diferentes interpretaciones de esa realidad. Esto implica una revisión constante de todo conocimiento. Un revisionismo que, en sentido etimológico, significaría la capacidad de la razón para analizar la realidad sin verdades cerradas, siempre alerta ante nuevas perspectivas, con la exigencia de identificar mitificaciones y prejuicios para ser desmontados. Además implica, por coherencia científica, la búsqueda de los otros, que pueden ser los opuestos y similares a la vez. Por eso, más que rebatir, se trata de aprender de lo que otros investigan o aportan sobre la realidad. El diálogo enriquece, no se puede demonizar de antemano a nadie, aunque es legítimo y necesario hacer una valoración crítica de las distintas interpretaciones.



Metalúrgicos soldando una tubería en las instalaciones de la NACA, precedosora de la NASA, año 1929 (Fuente: NASA on the Commos).